



# THEATRALIA

EL TEATRO GRIEGO Y ROMANO  
AYER Y HOY



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE



## THEATRALIA

EL TEATRO GRIEGO Y ROMANO  
AYER Y HOY

Comisario:

Antonio Alvar Ezquerra

Comité científico:

Alberto Bernabé Pajares UCM

Emilio Crespo Güemes UAM

María del Val Gago Saldaña UAH

Luis Alfonso Hernández Miguel UAH

Teresa Jiménez Calvente UAH

María Dolores Jiménez López UAH

Fabiola Salcedo Garcés UCM

Fotografías:

Antonio Alvar Ezquerra

Organiza:

Departamento de Filología, Comunicación y  
Documentación. UAH

Vicerrectorado de Extensión Universitaria y  
Relaciones Institucionales

Vicerrector José Raúl Fernández del Castillo Díez

Colabora:

Instituto Nacional de las Artes Escénicas  
Centro de Documentación Teatral

Coordinación General

Fernando Fernández Lanza

Diseño y montaje:

Ismael Cañete, María Durán,

Ignacio Garcés, Natalia Garcés

Imagen de portada:

Thalía, Museo de Afrodísias (Turquía).

De arriba a abajo:

Afrodísias, Teatro: hoy Geyre (Turquía), ca. 39-27 a.C.

Delfos, Teatro: hoy Delfi (Grecia), ca. 272 a. C.

Afrodísias, Teatro: hoy Geyre (Turquía), ca. 39-27 a.C.

Sabratha, Teatro: en la Tripolitania (Libia), ca. 161-192 d. C.



No basta con decir que la palabra ‘teatro’ es polisémica, por más que aluda de modo simultáneo a un espacio, a una representación o a un texto dramático. Cuando decimos ‘teatro’, en efecto, necesitamos creer que las tres acepciones se realizan a la vez, en la medida en que cada una de ellas necesita, para ser plenamente, de las otras dos. No basta con leer un texto para que sea teatro: necesita representación y un espacio adecuado. Un edificio específico tampoco es teatro si en él no se da vida al texto dramático, ni cualquier actuación es siempre teatro, pues los rituales no lo son. Se necesita, por tanto, de los tres referentes para que la palabra ‘teatro’ signifique lo que significa. Ocurre algo similar (que se me perdone la analogía) a lo que pasa con la Santísima Trinidad: los tres son a la vez y la misma persona. En ese sentido el teatro no es solo un género literario, ni tampoco un edificio más ni un acto ritual como otro cualquiera. Resulta sorprendente esa simbiosis (en el sentido más etimológico de la palabra, “vida en común”) y resulta admirable que esa simbiosis se produjera, en nuestro espacio cultural occidental, hace más de dos mil quinientos años en Grecia. Tanto como que el invento haya perdurado, con los altibajos que se quiera, hasta nosotros y goce aún de una vitalidad indudable. Es, qué duda cabe, un magnífico invento, sí, señor.

Por lo demás, resulta también admirable que ese invento gozara de tanto éxito durante los siglos que duró eso que llamamos el mundo clásico o la civilización grecorromana en la cuenca del Mediterráneo. Los edificios, los textos y las representaciones de los mismos en esos edificios. De todo ello se habla en este volumen. Pero vayamos por partes. Desde los primeros textos conservados -los de Esquilo- a los últimos -la *Alcestis* barcinonesa o el *Ludus septem sapientium* de Ausonio en el s. IV- ha transcurrido casi un milenio. Del mismo modo, algunos edificios teatrales -como el teatro de Dioniso en Atenas- han estado en uso también durante un milenio. Seamos conscientes de lo que eso supone: estuvieron en uso por lo menos un par de siglos más que lo que ha vivido desde su erección y hasta el momento actual la catedral de Nôtre Dame de París, por poner un ejemplo. Visto con esa perspectiva, hemos de reconocer que la cuestión no debió ser baladí pues a lo largo de ese milenio las sociedades cambiaron no poco pero las gentes que conformaban esas sociedades parecen haber tenido de una u otra forma la necesidad del teatro.



Carthago Nova: hoy Cartagena (España), finales del s. I a.C.



Metellinum: hoy Medellín (España), ca. 25-1 a.C.



Taormenium: hoy Taormina (Italia), ca. 265-215



Atenas, Teatro de Dioniso (Grecia), principios del s. V a.C.

Cabe legítimamente preguntarse sobre la razón de tal éxito. Y ante tal pregunta habrá que responder de manera inmediata reconociendo que, bueno, que no siempre el teatro -entendido en su triple condición- fue igual, que fue adaptándose a los nuevos tiempos, que fue cambiando, que, incluso, de tener un carácter originalmente religioso fue volviéndose vulgar y soez, de modo que poco tenían que ver las representaciones de los últimos tiempos de la Antigüedad con aquellas que se hacían en la antigua edad de oro del arte dramático, cuando esos gigantes que se llamaron Esquilo, Sófocles y Eurípides ponían sus obras no en escena -que no la había- sino en *orchestra*, pues también los espacios destinados a la representación fueron cambiando, en la propia Grecia y, mucho más, durante el imperio romano. Pero, digo, el cambio obligado no alteró la condición que, con el paso del tiempo, se reveló como la más sustancial de eso que llamamos teatro, a saber, la de contar historias mediante la recreación, a través de la actuación sobre una escena, de los personajes que las protagonizan.

Y eso que parece tan sencillo encierra, sin embargo, un grandísimo milagro pues a través de esas recreaciones sucedían muchas cosas: en primer lugar, sí, se recreaba una historia, y es bien sabido que al ser humano le gusta que le cuenten historias; incluso no resulta atrevido decir que necesita por naturaleza (*phýsei*, diría Aristóteles) que le cuenten del modo que sea historias; y digo 'necesita' en el mismo sentido en que lo decimos del respirar, del comer y de cualquier otra función fisiológica -incluida la de perpetuar la especie- pues a través de la narración el ser humano transmite las experiencias de vida que le han permitido evolucionar como especie, alejándose de su condición animal. Así, en segundo lugar, a través de esas historias el individuo insertaba su ADN intelectual en el ADN de su grupo social y, a su vez, transmitía ese conjunto genético a sus descendientes; es decir, la historia oída y, en su caso, contada integra socialmente, al tiempo que permite asimilar las experiencias de los que nos precedieron, facilitando a las nuevas generaciones su paso por la vida, lo

que significa que el teatro formaba parte activa de la vida política y religiosa de la comunidad: el caso del Teatro de Dioniso en Atenas, como se explica más adelante, ilustra bien este hecho. Es más, en tercer lugar, la narración cumple, como resulta obvio, una función pedagógica inestimable pues a través de ella se transmiten no solo experiencias sino también algo tan intangible e imprescindible como la escala de valores y virtudes de un grupo social; dicho de otro modo, no creo que se haya inventado mejor sistema para educar -es decir, para 'conducir desde la ignorancia', que eso es lo que quiere decir etimológicamente esa palabra- a los niños que contar o -aún más- representarles historias; y no se olvide que los niños podían asistir -y de hecho lo hacían- a las representaciones dramáticas, pues la censura no se entendía precisamente exactamente de la misma manera que en las sociedades actuales. Y de ahí se deriva, en cuarto lugar, de manera imperiosa que, al mismo tiempo que se transmiten experiencias y valores, se abren ventanas al mundo, de modo que pueda volar la imaginación, que es tanto como decir que puedan vivirse vidas que nunca nos hubieran sido dadas; así, mediante la narración y representación de vidas ajenas, podemos ser hoy dioses y mañana esclavos, hoy extranjeros y otro día prostitutas, hoy reyes y en cualquier otro momento, por qué no, viejos burgueses; ¡podemos vivir y morir -aunque sea por un rato tan solo- las vidas y las muertes de otros! Fascinante. Y si no las vivimos nosotros a través de la representación, podemos ver cómo las viven otros y podemos empatizar positiva o negativamente con ellos, mientras contemplamos cómo sufren e incluso mueren en nuestra presencia héroes y guerreros imbatibles, cómo se enfrentan simples mortales a sus azarosos destinos, como ríen clientes holgazanes y astutos siervos, mientras se burlan de los encumbrados. Por fin, en quinto lugar, la contemplación de esas vivencias múltiples y apasionadas -pues siempre tenemos la fortuna de asistir al momento clave y 'dramático' de la existencia de todos esos personajes que podemos ser- produce en nuestro interior esa *catharsis* de que hablaba el inevitable Aristóteles, es decir, esa

limpieza del espíritu que se produce cuando constatamos que los poderosos también lloran o que el destino azota por igual a todos los seres humanos, sea cual sea su condición, pues, en definitiva, su única condición es su fragilidad y su inexorable destino mortal. Y hasta tal punto es así que esa característica -digamos- terapéutica del teatro no se les escapó a los antiguos, que no dudaron en incluir en sus impresionantes 'centros de salud', como el de Epidauro en el Peloponeso o el de Pérgamo en Asia Menor, edificios destinados a las representaciones -el de Epidauro se considera con razón el mejor de cuantos nos ha legado la Antigüedad-, pues las representaciones dramáticas formaban parte del protocolo curativo. De hecho, el impactante aforo del teatro de Epidauro, que superaba los 14.000 espectadores (piénsese que el del Teatro Real de Madrid, por poner un ejemplo, es de 1.746 espectadores), parece indicar que a las representaciones dramáticas que en él tenían lugar acudían a curarse no solo los enfermos, sino, lo que es más notable, incluso las personas sanas.

En los capítulos que siguen podrá el lector adentrarse en las características del teatro griego y romano -en su triple sentido- de la mano de la profesora M<sup>a</sup> del Val Gago Saldaña; podrá experimentar por sí mismo algunas de estas virtudes leyendo una tragedia, la *Medea* de Eurípides, y una comedia, *Los Menechmos* de Plauto, en traducción preparada para esta ocasión por las profesoras Dolores Jiménez López y Teresa Jiménez Calvente respectivamente; o tendrá ocasión de saber cómo veían los propios griegos y los propios romanos este mágico invento y sus peculiares circunstancias, en antologías de textos preparadas por el profesor Alberto Bernabé Pajares y por mí mismo.

Y es que tantas virtudes intrínsecas de eso que llamamos teatro fueron generalmente reconocidas por los hombres de la Antigüedad, tanto en la Grecia clásica y helenística como en la Roma republicana e imperial, con las adaptaciones que se quieran a cada tiempo y circunstancia. No obstante, ya lo hemos dicho, no siempre se valoraron del mismo modo todas y cada una de ellas, de modo que finalmente primó el carácter de mero espectáculo y de simple entretenimiento (bueno, no tan simple, pues los 'efectos especiales' que llegaron a utilizarse en esos espectáculos, y las historias que se reproducían en la escena





REINO UNIDO

HOLANDA

BÉLGICA

ALEMANIA

POLONIA

UCRANIA

RUSIA

REPÚBLICA CHECA

SUIZA

AUSTRIA

HUNGRÍA

RUMANÍA

FRANCIA

ESLOVENIA

CROACIA

SERBIA

BOSNIA-HERZEGOBINA

BULGARIA

MONTENEGRO

PORTUGAL

ESPAÑA

CERDEÑA

ITALIA

MACEDONIA

ALBANIA

TURQUÍA

GRECIA

SIRIA

LÍBANO

ISRAEL

JORDANIA

ARGELIA

MARRUECOS

TÚNEZ

LIBIA

EGIPTO



podrían sorprender e incluso disgustar al público actual, que cree haber visto ya de todo). Pero el Mediterráneo fue sembrado de teatros en un puñado de siglos. Y cuando alguno vetusto se quedaba pequeño ante el éxito demográfico de la ciudad que lo albergaba, o se deterioraba por el implacable paso del tiempo, o sufría los embates de un desastre natural -¡más destruyeron los terremotos que los bárbaros!-, era una y otra vez engrandecido para poder recibir a los nuevos ciudadanos, reparado para que siguiera cumpliendo su función original, o rehabilitado para otros espectáculos (en tal caso, preferentemente los circenses, es decir, los de gladiadores y los de cacerías de animales).

El profesor Emilio Crespo Güemes y la profesora Fabiola Salcedo Garcés dan cumplida cuenta de muchos aspectos interesantes relativos a los dos teatros más emblemáticos del espacio cultural griego -el de Dioniso en Atenas- y del espacio romano -el no conservado de Pompeyo en Roma, el primer teatro estable levantado en la Urbe.

Los teatros construidos en el ámbito del Mediterráneo por griegos y romanos -en su doble versión de teatros propiamente dichos, destinados a las representaciones dramáticas convencionales y a otros muchos espectáculos de masas, o de odeones, destinados a espectáculos de canto u otros de carácter más exquisito y elitista- superan, sin duda, los varios centenares y de ellos son muchos los que se conservan, hayan sido excavados o no, hayan recuperado su prístina naturaleza o sigan esperando manos redentoras. De hecho, se siguen descubriendo y exhumando -pues, en efecto, se sacan de la tierra, como muertos vivientes- teatros, como es el caso muy reciente del de Acci (Guadix). En las ilustraciones de este volumen podrá el lector conocer más de medio centenar, repartidos por los tres continentes que conformaban el orbe conocido por griegos y romanos.

Algunos son de venerable antigüedad, como es el caso del ya mencionado Teatro de Dioniso en Atenas, o del de Siracusa, o del de Segesta, o quizás también el de Corinto, cuyos cimientos se colocaron a lo largo del siglo V a.C., por más que fueran, ellos también, reformados en siglos posteriores y no sea precisamente el aspecto que ahora nos es dado contemplar el que tuvieron en sus primeros momentos. Otros se levantaron cuando ya

Hierápolis: hoy Pamukkale (Turquía), ca. 60 d.C.



Myra: hoy Demre (Turquía), ca. 200-225 d.C.

las artes escénicas tocaban a su fin, heridas de muerte por su propia falta de adaptación a los nuevos momentos éticos y estéticos que trajo consigo el cristianismo; tal es el caso, por ejemplo, del imponente teatro de Myra, levantado en el primer tercio del s. III d.C.

Algunos teatros fueron magníficos y siguen siéndolo a pesar de las inevitables heridas del tiempo: nadie que tenga un poco de sensibilidad podrá quedar indiferente ante la inmensa perfección del teatro de Epidauro, ante la escena del de Mérida, ante la blancura del de Leptis Magna, ante la roja piedra del de Sabratha, ante la acabada presencia del de Aspendos o ante la portentosa belleza del de Hierápolis. Otros son humildes y discretos como ese teatrillo que se encumbra en una colina cercana a Chaniá, en la isla de Creta, al que aún una mano amable no le ha permitido salir plenamente del suelo que aún le cobija, o como el discreto de Apolonia, en la Cirenaica, que deja que el mar bañe las primeras piedras de su sencilla escena.

Algunos teatros se construyeron encaramados en altas montañas coronadas de nieves hasta bien entrada la primavera, como el enigmático de Sagalassos, o en riscos casi inaccesibles, como el de Termessos, o entre pinos, como el escondido de Pinara. Otros prefirieron el cobijo de pobladas ciudades, como el de Carthago Nova, el de Lugdunum, el de Pompeya o el de Éfeso. Otros se acercaron a la orilla del mar, como el de Phaselis o el de Side.

Algunos teatros adaptaron sus estructuras a las planas bases que les ofrecían los terrenos de Agrigento, o de Siracusa, mientras que otros se

despeñan en inclinaciones imposibles como el de la acrópolis de Pérgamo, mientras que otros, por fin, prefieren descansar cómodamente recostados en las laderas de una amable colina, como el de Patara o el de Mileto, o el odeón de Herodes Ático en Atenas, o el de Éfeso.

Algunos teatros se engalanaron con mármoles traídos de mil lugares, como el odeón de Lugdunum, o con estupendos relieves que historian la infancia de Dioniso, como el de Nisa, o con máscaras de piedra, como el de Aphrodisias o el de Myra. Otros fueron, sin duda, mucho más modestos y se contentaron con poco, como el de Medellín, el de Cirene o el de Simena, cuyo graderío se excava en la roca viva.

Algunos quisieron servir, quizás, para representar historias acaecidas o muy vinculadas con los lugares donde se encuentran, como el odeón de Troya o el teatro de Delfos. Otros... otros, aún nos preguntamos por qué fueron construidos.

Algunos, en fin, fueron teatros o no fueron nada; otros se reconvirtieron en anfiteatros asimétricos, como el de Xanthos, o en alojamiento de caravanas, como el ya mencionado de Aspendos, o prestaron sus muros a nuevas construcciones hasta quedar tapados por ellas, como el ya mencionado de Carthago Nova, o sirvieron de defensa, con las elevadas piedras de sus escenas, a las ciudades que los guardaban, como el de Arausium (Orange), o tantos otros. Otros, por fin, han logrado recomenzar su vida acogiendo importantes festivales de teatro, música o danza, como ocurre en Siracusa, en Epidauro, en Mérida, en Taormina, en Orange o en Acre: mediante un sencillo *lifting* en la mayoría de los casos siguen sirviendo para aquello para lo que fueron creados y reciben miles de espectadores, sí, espectadores, no turistas, cada año. En ellos vuelven a oírse los desgarradores lamentos de Hécuba, los sabios coros de la Antígona y las carcajadas que provocan las mujeres griegas confabuladas contra sus maridos o las bravatas de los soldados fanfarrones, según nos cuentan Aristófanes y Plauto; al acabar, vuelven a sonar los aplausos que tanto aprecian los actores de hoy y de ayer.

Son, pues, todos estos teatros diferentes y fácilmente distinguibles unos de otros para ojos incluso poco avezados. Y, sin embargo, sorprende la constante unidad de su arquitectura, la coherencia de su diseño que apenas varía desde el sencillo esquema 'a la griega' (con *orchestra* circular y sin escena, invariablemente apoyados en la concavidad del terreno) a los formidables teatros romanos: hay algo de mágico, de poderosamente atractivo en los múltiples semicírculos concéntricos de sus graderíos, que trazan una geometría inconfundible, aparentemente democrática -pues todos los asientos parecen iguales- pero inevitablemente jerarquizada, pues ningún semicírculo está a la misma distancia del lugar en el que se produce la representación.

Esos semicírculos son una hermosa metáfora de la vida en sociedad y, por si no bastara, se subrayó, contra los usos primeros, la diferencia de unas clases ciudadanas frente a otras reservando asientos a los más privilegiados,

relegando a los humildes -a los más- a los lejanos confines de los semicírculos extremos y, por tanto, más capaces. Incluso en algunos teatros es posible aún observar un solemne asiento en un lugar de absoluto privilegio, que nos habla de sociedades en donde la democracia -imperfecta desde su nacimiento- es ya un sueño olvidado.

Porque el teatro, en similar medida a la del ágora, es, por fin, algo que solo se explica plenamente en sistemas políticos que se asemejen a lo que hoy consideramos sociedades civilizadas y, de modo muy especial, a lo que hoy llamamos democracias. Pues a ellos acudían todos los habitantes de una comunidad, hombres, mujeres y niños, incluso ciudadanos de pleno derecho, extranjeros y esclavos. Allí se compartían emociones, se aprendían lecciones imborrables, se participaba de una celebración festiva y colectiva, se vivía, en definitiva, como auténticos seres humanos. Y eso es algo que hemos aprendido de los antiguos griegos y que nos ha transmitido a escala civilizadora la majestuosa estética del imperio romano. Allí donde hay teatro se huele a tragedia y a comedia, a confrontación, a diálogo, a llanto y risa, en definitiva, a humanidad. Allí donde hay teatro, la palabra se hace imagen y la imagen representa y actúa, haciendo posibles otras vidas. Allí donde hay teatro es posible el milagro. Por eso nos gusta y por eso hoy volvemos con fuerza renovada a sentir su poderosa eficacia narrativa y su inagotable capacidad para asombrarnos y para curarnos. El profesor Luis Alfonso Hernández Miguel ilustra de manera convincente esa afirmación en el capítulo que cierra el volumen.

¡Larga vida al teatro!

Antonio Alvar Ezquerra  
Comisario de la exposición

Segóbriga (España), ca. 40-60 d.C. Representación de *Hécuba*, 2013

# THEATRALIA

## EL TEATRO GRIEGO Y ROMANO AYER Y HOY

Sala San José de Caracciolos - Universidad de Alcalá

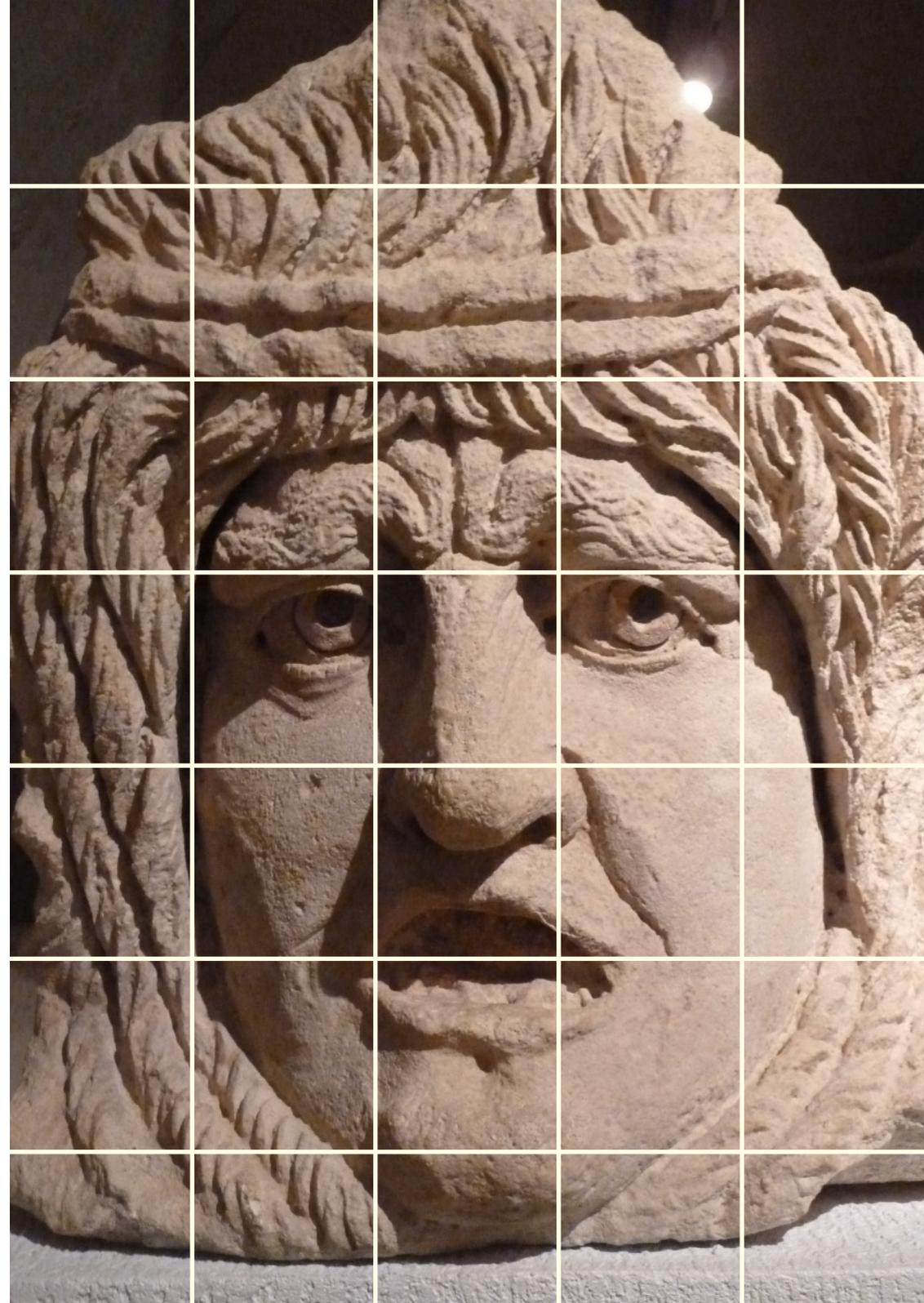
- I. El teatro espera
- II. Accesos, corredores y vomitoria
- III. El público llega
- IV. El graderío
- V. La *orchestra*
- VI. La representación
- VII. Máscaras
- VIII. La escena
- IX. El público se va
- X. Las escaleras de acceso
- XI. El teatro vuelve a estar vacío

*La libertad de palabra en la comedia*

Ningún fabricante de máscaras teatrales ha querido hacer una que se le parezca, por miedo. Sin embargo, se le reconocerá de todas maneras. El teatro es muy listo.

Aristófanes, *Caballeros* 230ss.

Odeón de Lugdunum: hoy Lión (Francia), segunda mitad del s. I d.C.



# THEATRALIA

EL TEATRO GRIEGO Y ROMANO  
AYER Y HOY



**30 DE ABRIL - 19 DE JULIO DE 2015**

**SALA SAN JOSÉ DE CARACCIOLOS - UNIVERSIDAD DE ALCALÁ**

Calle Trinidad 3 y 5. 28801 - Alcalá de Henares

Información: 91 885 41 57 / 40 90

[www.uah.es/cultura](http://www.uah.es/cultura)

Horario:

hasta el 12 de junio, de lunes a viernes de 11.00 a 14.00 y de 16.00 a 18.00 horas

del 15 de junio al 19 de julio, de lunes a viernes de 10.00 a 14.00 horas

sábados, domingos y festivos cerrado



Extensión Universitaria UAH @ExtensionUAH



Universidad  
de Alcalá

Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Relaciones Institucionales

Colegio de los Basílios. Callejón del pozo, s/n

28801 Alcalá de Henares